
EXPOSICION

DEL LIBRO DE JOB,

OBRA PÓSTUMA.

Á LA MUY RELIGIOSA MADRE ANA DE JESUS, CARMELITA DESCALZA.

Todos padecen trabajos, porque el padecer es debido á la culpa, y todos nacen en ella; pero no los padecen todos de una misma manera, porque los malos á su pesar y sin fruto, los buenos con utilidad y provecho. Y de los buenos, unos con paciencia y otros con gozo y alegría, que es propio efecto de la gracia del Evangelio, de que san Pablo dice (a) en su persona: «Ya nos gozamos en las tribulaciones.» De estos es vuestra reverencia y las demás de su orden, que descansan cuando padecen, por mostrar lo que aman. Que el amor de Cristo que arde en sus almas, mostrándose descansa y padeciendo se muestra. Y así, padecen con gozo, y si no padecen, tienen hambre de padecer, y la descubren siempre que pueden y en todo lo que pueden. Y de ella nace agora mandarme vuestra reverencia le declare el libro de los sucesos y razonamientos de Job; que como los valientes soldados gustan de conocer los hechos hazañosos de los que lo fueron, así vuestra reverencia, en esta milicia de paciencia que profesa, desea reconocer este ejemplo excelente, que tal es el de Job, como por su escritura parece. La cual escritura es útil de muchas maneras; porque, no es solo historia, sino doctrina y profecía; porque, demás de que nos cuenta los azotes de Job y su paciencia, también nos compone las costumbres y nos profetiza algunos misterios venideros, y esto en verso y en forma de diálogo, porque mas se guste y mejor se imprima. Verdad es que el estilo poético y la mucha antigüedad de la lengua y del libro le hacen muy oscuro en no pocos lugares; mas esta escuridad vencerá con sus oraciones vuestra reverencia, que obligada es á favorecerme con ellas, pues pone este peso en mis hombros. En que hago tres cosas: una, traslado el texto del libro por sus palabras, conservando cuanto es posible en ellas el sentido latino y el aire hebreo, que tiene su cierta majestad; otra, declaro en cada capítulo mas extendidamente lo que se dice; la tercera, póngole en verso, imitando muchos santos y antiguos que en otros libros sagrados lo hicieron, y pretendiendo por esta manera aficionar algunos al conocimiento de la Sagrada Escritura, en que mucha parte de nuestro bien consiste, á lo que yo juzgo. Pues así como no sabemos con certidumbre el autor de este libro, que unos dicen que Moisen, y otros que antes de Moisen; así vuestra reverencia ha de tener por sin duda que es libro sagrado y canónico. En el cual el Espíritu Santo nos cuenta, lo primero, la virtud y prosperidad de Job; lo segundo, su azote, y lo tercero, las razones que pasó con unos compañeros suyos, que viniendo á consolarle, se pusieron á reprehenderle, que es la mayor dificultad que en él hay; porque muchas veces parece que Job y sus compañeros dicen lo mismo, siéndolo los intentos contrarios.

Para cuyo entendimiento advertimos que Job, querellándose, dió á entender que padecía sin culpa; de que ofendidos sus compañeros, porfian que se engaña y que es pecador. Y pruébanlo así: «Dios es justo; luego castiga á solos los pecadores. Tú eres castigado de Dios; luego eres pecador.» Y sobre este argumento, como sobre quicio, se rodea todo lo que dicen los primeros

(a) Rom., 5, 5.

tres compañeros. Y en lo que mas se detienen, es en probar, lo primero, qué es la justicia de Dios, que á la verdad es lo mas cierto y lo menos necesitado de prueba; mas insisten en ello, porque, á su parecer, lo demás nace de allí por fuerza de consecuencia. Y pruébanlo con hacer claro por diversas maneras que Dios es bueno y sábio y poderoso, diciendo grandezas de la bondad de Dios, y de su saber y poder; porque el ser injusto uno siempre le viene, ó de saber poco, ó de poder menos, ó de ser mal inclinado; que, como se sabe, las fuentes de todo lo malo son, ó flaqueza, ó ignorancia, ó malicia. A esto responde Job, y en lo que responde confíesales esta primera parte, que toca á la justicia de Dios; y no solo la confiesa, mas él tambien la prueba, y se extiende en decir maravillas de estos divinos atributos. Pero niégales lo que de ellos coligen, y persevera en defender su inocencia, y les prueba que no son pecadores todos los que Dios en esta vida castiga. En que, en suma, afirma dos cosas: una, « No siempre castiga Dios en esta vida á los pecadores, ni son pecadores todos los que Dios en ella aflige; » otra, « Yo no he pecado de manera que merezca el mal que padezco. » Y cuando afirma esto último, agoviado del dolor y de la porfía de los que sin razon le condenan, parece alguna vez que excede en palabras, volviéndose á Dios, y pidiéndole que se ponga con él á juicio, y averigüe aqueste azote con él. Por lo cual, á lo último sale Eliu, el cuarto de los amigos, y no aprobando las razones de los primeros, condena á Job por otra razon nueva, diciendo que á lo menos peca en ponerse con Dios á juicio. Y así, lo que pretende, es probar, no que fué pecador, sino que se debe Job sujetar á Dios y callar, y tener por bueno lo que hace. Y pruébalo de aquesta manera: « Las obras de Dios, y lo que pretende en lo que hace, no lo puede saber el hombre; luego debe con paciencia juzgar bien de lo que Dios hace, y no pedirle razon de ello. » La primera de estas dos cosas, de que la segunda necesariamente se sigue, pudo Eliu probarla con ejemplos palpables de las cosas que Dios hace, y no las entendemos los hombres; mas no la prueba por esta via, antes multiplicando razones impertinentes, la escurece y confunde. Y así, Eliu no erró en lo principal de su intento y en lo que probar pretendia, sino en no acertar á probarlo. Por donde Dios á la fin se descubre, y lo primero, reprehende á Eliu de que una cosa tan clara, como es no penetrar el hombre las obras y los juicios de Dios, no supo probarla; y lo segundo, vuelto á Job, le prueba con razones claras lo que confundia Eliu con palabras oscuras. Y así, el intento de Dios es el mismo de Eliu, persuadir á Job que tenga por bueno lo que hace con él, y no quiera saber por qué causa lo hace, ni pedirle cuenta ó razon. Y arguye como Eliu argüia: « El hombre no puede alcanzar las obras de Dios ni sus fines; luego debe con paciencia juzgar bien de lo que Dios hace, y no pedirle cuenta. » Y lo primero desto prueba Dios en su discurso por manifiesta manera, haciendo alarde de muchas cosas que traemos entre las manos, que las hace él, y el hombre, aunque las ve, no las entiende, como son las obras naturales y ordinarias. De donde necesariamente concluye que, si no conocemos lo ordinario que él hace, mucho menos podremos alcanzar lo extraordinario y los fines secretos que en ello sigue. Job reconoce su exceso luego, y humillase. Y Dios, que sabia su sencillez y bondad, y que habia defendido con verdad su inocencia, no se enoja con él, y enójase con sus tres amigos porque hablaron mal en tres cosas: una, que impusieron á Job que era malo; otra, que afirmaron que Dios no acosa aquí sino á solos los malos; la tercera, que destas dos mentiras quisieron sacar defensa de la justicia divina. Como si Dios no pudiera quedar por justo si quedaba Job por bueno, ó si no se valiera de apoyos tan flacos y tan falsos. Esto pues bien entendido, en las escuridades de este libro dará mucha luz. El cual libro comienza así.

ARGUMENTO SEGUN SE HALLA EN UN CÓDICE EN QUE ESTÁN RECOGIDOS LOS CAPÍTULOS DE JOB, EN TERCETOS, DE LETRA DEL AUTOR.

Job, natural de Hus, provincia vecina á Idumea y Arabia, entre gente ajena de Dios, gran siervo suyo, y de los bienes de la vida abastado, cercado de hijos y rico de ganados y de familia, y por estas causas en su pueblo y en los comarcanos señalado y temido, para mayor bien suyo y para ejemplo de virtud á los venideros, es entregado de Dios al demonio á petición suya, no para que le mate, sino para que le tiente y azote. Quitale la hacienda, mátele los hijos, llágale fea y cruelmente en el cuerpo, y tráele á tanto desprecio, que su misma mujer le baldona y le persuade á que se mate á si mismo. Pues estando así lleno de miseria, y armado de paciencia, y sentado en un muladar, visitante cuatro hombres principales y sábios de aquella tierra, y grandes sus amigos. Con los cuales, despues de un largo silencio que causó en él el dolor, con la vista de los amigos renovado, y en ellos el espanto de una mudanza de fortuna tan grande; al fin comenzando él y respondiéndolos, trábase entre todos un largo y reñido razonamiento. Que en substancia, de parte de los amigos es decir que Dios, como justo que es, siempre á los malos y pecadores en

esta vida los castiga con miserables sucesos, y que así le castigaba á él como á gran pecador; y de parte de Job es defender que Dios, ni castiga siempre ni á solos los malos en esta vida, ni él lo era entonces por ser pecador y malo. Sobre lo cual, así por la una como por la otra parte, se dicen razones altísimas, llenas de artificio y de dulzura en las palabras y en las sentencias, preñadas de grandes misterios. Pintanse las condiciones de los hombres malvados, el ingenio de los buenos y justos; engrandécese por extrañas maneras la grandeza del poder de Dios y de su saber, dícese de su grande bondad y justicia, profetízase su venida al mundo, la resurreccion de la carne, el juicio último, con otras cosas de grande cualidad y provecho. Y al fin de todo sobreviene Dios, y habla con Job con forma sensible, y enséñale que, pues es hombre, no se ponga con Dios en cuentas ni quiera ápear sus juicios. Y despues vuelto á los amigos dél, díceles que no han acertado en sus razones y que han afligido sin causa á su amigo, y mándales que se le humillen y le pidan que le ruegue por ellos, y que rogádoselo Job, los perdonará. Hácese así, y Dios sana á Job, y restitúyelo á su estado primero con mayor prosperidad que al principio.